



## EL SILENCIO DE LAS SIRENAS

Franz Kafka

Existen métodos insuficientes, casi pueriles, que también pueden servir para la salvación. He aquí la prueba: para protegerse del canto de las sirenas, Ulises tapó sus oídos con cera y se hizo encadenar al mástil de la nave. Aunque todo el mundo sabía que este recurso era ineficaz, muchos navegantes podían haber hecho lo mismo, excepto aquellos que eran atraídos por las sirenas ya desde lejos. El canto de las sirenas lo traspasaba todo, la pasión de los seducidos habría hecho saltar prisiones más fuertes que mástiles y cadenas. Ulises no pensó en eso, si bien quizá alguna vez, algo había llegado a sus oídos. Se confió por completo en aquel puñado de cera y en el manojito de cadenas. Contento con sus pequeñas estratagemas, navegó en pos de las sirenas con alegría inocente.

Sin embargo, las sirenas poseen un arma mucho más terrible que el canto: su silencio. No sucedió en realidad, pero es probable que alguien se hubiera salvado alguna vez de sus cantos, aunque nunca de su silencio. Ningún sentimiento terreno puede equipararse a la vanidad de haberlas vencido mediante las propias fuerzas.

En efecto, las terribles seductoras no cantaron cuando pasó Ulises; tal vez porque creyeron que a aquel enemigo sólo podía herirlo el silencio, tal vez porque el espectáculo de felicidad en el rostro de Ulises, quien sólo pensaba en ceras y cadenas, les hizo olvidar toda canción.

*La danza*, Henry Matisse, 1910.



Ulises (para expresarlo de alguna manera) no oyó el silencio. Estaba convencido de que ellas cantaban y que sólo él estaba a salvo. Fugazmente, vio primero las curvas de sus cuellos, la respiración profunda, los ojos llenos de lágrimas, los labios entreabiertos. Creía que todo era parte de la melodía que fluía sorda en torno de él. El espectáculo comenzó a desvanecerse pronto; las sirenas se esfumaron de su horizonte personal, y precisamente cuando se hallaba más próximo, ya no supo más acerca de ellas.

Y ellas, más hermosas que nunca, se estiraban, se contoneaban. Desplegaban sus húmedas cabelleras al viento, abrían sus garras acariciando la roca. Ya no pretendían seducir, tan sólo querían atrapar por un momento más el fulgor de los grandes ojos de Ulises.

Si las sirenas hubieran tenido conciencia, habrían desaparecido aquel día. Pero ellas permanecieron y Ulises escapó.

La tradición añade un comentario a la historia. Se dice que Ulises era tan astuto, tan ladino, que incluso los dioses del destino eran incapaces de penetrar en su fuero interno. Por más que esto sea inconcebible para la mente humana, tal vez Ulises supo del silencio de las sirenas y tan sólo representó tamaña farsa para ellas y para los dioses, en cierta manera a modo de escudo.

1917.

#### **LAS SIRENAS. Fabio Morábito.**

Como sabemos, cuando su barco de remos cruza frente a la tranquila isla de las sirenas Odiseo ordena a sus compañeros que se pongan cera en los oídos para no oír el fatídico canto que ningún ser humano puede resistir, y él se amarra al mástil para oírlo sin peligro de arrojarse al mar. Para no arrojarse al mar al oír el canto de las sirenas que ningún ser humano puede resistir Odiseo, como sabemos, cuando su barco cruza tranquilo frente a la fatídica isla, ordena a sus compañeros que lo amarren al mástil y remen con cera en los oídos. Mientras reman tranquilos con cera en los oídos cuando su barco cruza frente a las fatídicas sirenas cuyo canto ningún ser humano puede resistir, sus compañeros, como sabemos, amarran al mástil a Odiseo para que lo oiga sin peligro de que se arroje al mar para alcanzar la isla. Amarrado al mástil del barco mientras las sirenas como sabemos cantan en su isla con los oídos tapados con cera, Odiseo oye el tranquilo remar de sus compañeros sin peligro de echarse al fatídico mar que ningún ser humano puede resistir. Para no arrojarse al mar a la vista del mástil en pos de los tranquilos compañeros de Odiseo, las cantadoras sirenas para quienes los seres humanos, como sabemos, son irresistibles, se amarran a su isla mientras oyen sin cera en los oídos los fatídicos remos del barco. Por no resistir el fatídico canto de sus remadores compañeros que, como sabemos, no son lo que se dice sirenas sino todo un mástil en el oído, Odiseo se arroja tranquilamente al mar tan pronto como su barco cruza frente a una isla. El fatídico Odiseo a quien, como sabemos, las sirenas lo arrojan fuera de sí, cada vez que el barco cruza frente a una isla nos pone cera en los oídos y pide que lo amarremos al mástil por si llegara a oír su canto y nosotros, sus compañeros, ¡con ganas de arrojarlo al mar mientras remamos tranquilos! Cuando les ponga de nuevo la fatídica cera en los oídos me arrojarán mis compañeros del barco, con o sin sirenas, cansados ya, como sabemos, de su Odiseo, del mar tranquilo, los remos, el mástil, las islas y el bel canto.

*El idioma materno*, Sexto Piso, Madrid, 2014.